

### Sobre la novela *Crimen y castigo*<sup>1</sup>

Por la misma razón por la que todo tiene un final en este mundo, la aparentemente interminable novela de Dostoievski *Crimen y castigo* también ha finalizado.

El comienzo de esta novela produjo una gran sensación, sobre todo en la provincia, donde, a causa del aburrimiento, las obras de esa índole se toman, diríase, más a pecho. En general, lo que más interesó a todos no fue el aspecto literario de la novela, sino, por así decir, su tendenciosidad: «Vaya, un estudiante ha asesinado a una vieja, por tanto, ¡*ea*, ahí hay algo!». Y entonces, muy oportunamente, apareció una reseña en «El contemporáneo» que, a decir verdad, le proporcionó muchos nuevos lectores a «El mensajero ruso»<sup>2</sup>. De la nueva novela han hablado incluso en susurros, como de algo de lo que no conviene hablar en voz alta. Hasta los caballeros y las damas de la nobleza de provincia, a los cuales, al parecer, solo les preocupaba jugar a las cartas, se pusieron a hablar de la nueva novela. Desde ese preciso momento la sofisticada palabra «análisis» obtuvo el derecho de ciudadanía en la sociedad de provincia, que antes jamás la empleaba; y la nueva palabra, por lo visto, fue de su gusto. Solo que a veces se oían cotilleos: «¡Ah, qué análisis profundo!». «¡Un análisis sorprendente!...». «¡Oh, sí —aprovechaba la ocasión otra dama, en la que ya de por sí ardía el deseo de intercalar esa nueva palabrita—, un análisis en verdad profundo! Pero ¿saben qué? —añadía con tono misterioso—, dicen que el análisis le salió tan refinado porque el mismo autor era...», ahí la dama se inclinaba hacia el oído de su asombrada interlocutora. «¿De veras?». «Pues sí, dicen que él también mató o algo por el estilo...».

Sea como fuere, la novela de Dostoievski, que produjo tanta sensación y desvelos, ha finalizado, de modo que ahora es el momento más pertinente para decir algo acerca de ella, como de un difunto que ha dejado huella, siempre que obviemos el famoso refrán latino acerca de que de los muertos hay que hablar bien o no decir nada.

---

<sup>1</sup> Publicado el 16 de marzo de 1867 en el periódico Гласный суд [*Juicio público*]. En este periódico, que se editó entre los años 1866-1867, colaboraban N. A. Demert, V. S. Kúrochkin, N. K. Mijailovski y P. A. Gaidebúrov, quien en el último medio año de existencia del periódico fue de hecho su editor.

<sup>2</sup> Se refiere a la reseña de Grigori Z. Eliséiev, que también publicamos en este número de *Estudios Dostoievski*.

Cuando se termina de leer *Crimen y castigo* surge involuntariamente la pregunta: ¿qué es esto? ¿Una novela o una mera investigación psicológica expuesta de un modo accesible a todos? Esta obra puede ser llamada «novela» solo en el caso de que consideremos a su protagonista, Raskólnikov, un tipo, es decir, la personificación de determinada orientación propia de la sociedad o, al menos, de una parte más o menos significativa de ella. Hay que decir la verdad: incluso si el autor hubiera deseado, en efecto, recrear en el personaje de Raskólnikov un nuevo tipo, su intento no ha tenido éxito. Su protagonista es lisa y llanamente un loco o, más bien, un alucinado que, si bien actúa al parecer con conciencia, en el fondo lo hace presa del delirio, ya que en esos momentos todo se le presenta bajo un aspecto distinto. A primera vista, en efecto parece que el análisis del estado moral del criminal antes y después del asesinato está trazado con gran exactitud, pero eso no es sino una apariencia momentánea. Raskólnikov tiene todos los síntomas del alucinado: todo le parece, actúa azarosamente, bajo el efecto del delirio. Si el portero no hubiera salido de aquella casa y Raskólnikov no hubiera visto el hacha, quizás habría seguido caminando a lo largo del canal y se habría arrojado al agua desde algún puente, como suelen hacer los alucinados. El hacha del portero constituye en toda esta historia un personaje más independiente que el propio Raskólnikov. A los señores tales como Raskólnikov se los suele enviar al hospital, pues se teme vivir con ellos, y, si su historia hubiera sido real, con él habrían procedido del mismo modo; claro que, entonces, no habría aparecido la novela de Dostoievski, de cuya capacidad para el análisis refinado albergo grandes dudas: escribir, por supuesto, se puede de cualquier cosa; ¡Eugène Sue y Dumas han escrito cosas aún mejores!

Creo que, con la apertura de las nuevas instituciones judiciales, todos los relatos y novelas policiales de los que tanto abunda nuestra literatura en los últimos años desaparecerán por sí mismos, puesto que es mucho más instructivo leer los procesos reales que extractos tergiversados de ellos, seleccionados en función de los pervertidos gustos de los autores. Tomen, por ejemplo, el caso del hijo del mercader Mazurin, que durante varios meses roció a sangre fría, con una loción para limpiar el aire, el cadáver de un hombre que él mismo había matado. ¡Un criminal que no tenía siquiera imaginación y valor para retirar a su víctima del granero en donde la había degollado con toda frialdad para vaciarle los bolsillos! Lean los pormenores de lo ocurrido en la provincia de Chernígovskaia, donde unos civiles mataron en el camino a un soldado que regresaba de

Petersburgo con permiso ilimitado con un solo saco que sirvió de pretexto suficiente para asesinarlo. «A la pregunta de qué hallaron en el saco y qué uso le dieron, los asesinos respondieron que las galletas de trigo y los panecillos los arrojaron al río Desná porque contenían manteca. “¿Por qué no los comieron o se los dieron a los niños?” A eso los asesinos respondieron que el asunto ocurrió durante el Ayuno de san Pedro y san Pablo, y que ellos no eran unos musulmanes cualesquiera, sino cristianos». Con la ampliación del área de incumbencia de los nuevos tribunales, muchas hazañas a lo Mazurin saldrán a la luz, de modo que el futuro novelista hallará un caso propicio para representar un tipo sin mayor dificultad y sin forzar las cosas y la verosimilitud.

Las personas ociosas dicen que el caso de Raskólnikov descrito en la novela de Dostoievski recuerda el caso Danílov, en el que intervino el juzgado de distrito de Moscú. Por supuesto, cada uno puede pensar lo que quiera, solo que, en mi opinión, no hay ninguna similitud entre ambos casos, excepto, quizás, que sus protagonistas son estudiantes universitarios. Raskólnikov es un hombre extraño, enfermo, víctima de alucinaciones; en una palabra, la recreación de una fantasía enfermiza, en parte también alucinada. Danílov, en cambio, es un bello petimetre que no tiene nada en común con sus compañeros de estudio y que todo el tiempo se pasea entre mujeres, joyeros y usureros. Raskólnikov mata a la vieja solo porque el portero no estaba en casa y el hacha yacía bajo su banco; con la mayor torpeza entierra los objetos robados cerca del edificio del Ministerio de Bienes Estatales, junto al puente Azul, y otra vez huye, dudando de si en verdad ha cometido el crimen o de si ha visto todo ello en un delirio. Danílov, en cambio, actúa de un modo completamente diferente. Ese bello petimetre de salón procede con el mayor aplomo, y si no hubiera sido por esa desgraciada herida en la mano, Dios sabrá si alguna vez se hubiera descubierto algo; lo más probable es que no. Danílov es un hombre práctico, maduro desde los veinte o, quizás, quince años; sobre esa clase de señores, la universidad puede surtir tanto efecto como el agua en un ganso, es decir, un efecto meramente superficial. Es una de esas personalidades, bastante habituales entre nosotros, que no han tenido juventud; ya desde los diez años se acostumbran, en las fiestas de Año Nuevo, a los refinados modales mundanos y al galanteo. De otra forma no se puede explicar su deseo de pavonearse en el banquillo de acusados y la criminal sangre fría con la que ese elegante señor escuchó la sentencia, la cual, si bien fue atenuada, no era en el fondo nada ligera. En una palabra, Danílov se parece a Raskólnikov tanto como la

realidad, por triste que sea, puede parecerse a la obra de una imaginación enfermizamente orientada.

Traducción de Alejandro Ariel González